



LOS NIÑOS APRENDEN A COMPORTARSE

Cuando los/as niños/as nacen, no sabe hablar, pensar, prestar atención, jugar etc. Todas estas habilidades y conductas, y la inmensa mayoría de las que un niño/a manifiesta, las va adquiriendo de forma progresiva a lo largo de su vida y, especialmente, a lo largo de su infancia. La familia, el profesorado, y otros adultos significativos de su entorno, intervienen de manera **decisiva** en ese largo y complejo proceso de aprendizaje en el que se irán adquiriendo distintas capacidades; así como diversas formas de reaccionar o comportarse.

Así mismo, la mayoría de los problemas de conducta que los niños presentan, durante el desarrollo de su personalidad, también son aprendidos; es decir, no nacen con ellos. Por lo tanto, los adultos con los que conviven también intervienen de manera activa, aunque sin pretenderlo, en la adquisición de una serie de conductas-problema que los niños suelen plantear en casa y que, en numerosas ocasiones, son objeto de asesoramiento psicológico.

Para comprender a los niños, prevenir sus dificultades de conducta y ayudarles a resolver sus problemas, es importante que sepamos explicar **cómo aprenden sus comportamientos y cómo podríamos modificarlos**.

EXPLICACIONES INADECUADAS DE LA CONDUCTA DE LOS NIÑOS

Vamos a comentar algunas de las interpretaciones, que hacemos muchas veces los adultos, acerca de las **CAUSAS** por las que los niños/as se comportan de forma inadecuada:

El recurso al destino y a la herencia

Aquí entrarían frases del tipo: "Este niño/a ha nacido ya así", "Ese mal genio, le sale de dentro", "Cuando le da la pataleta, no puede evitarlo", "Ha salido a su abuelo/a...".

Estas explicaciones fomentan, en padres y maestros, actitudes fatalistas, de desconcierto y desánimo acerca de la posibilidad de cambio ante alguna característica de conducta que supuestamente viene ya determinada por cuestiones genéticas. Pensar así, acerca de los problemas de conducta en la infancia, supone mantener una actitud *inmovilista* en la que evidentemente nada podría hacerse para evitarlos o cambiarlos. El niño acaba pensando



también de sí mismo que *"es incorregible"*, que ha *"nacido así"*, que *"no puede controlarse"*.

En estas condiciones es poco probable que desee cambiar y que sepa cómo hacerlo. Entonces, llegados a este punto, los padres y maestros quizá decidan *"dejarlo por imposible"* puesto que otorgan una base o causa hereditaria (hecho sin confirmar) a las conductas inadaptadas de sus hijos/as.

Las etiquetas y las interpretaciones precipitadas

Expresiones que usamos a menudo del tipo:

"Este niño/a es muy malo, egoísta, torpe, vago, hiperactivo"

plantean serios inconvenientes:

- son tan **vagas e imprecisas** que no nos permiten comprender con claridad lo que se quiere decir con ellas, no nos permiten saber lo que ha ocurrido realmente puesto que se emplean términos generales dirigidos hacia una persona, sin describir los hechos concretos.
- se prestan, por ello, a **multitud de interpretaciones** distintas. En efecto, ¿Cuántas cosas diferentes pueden significar para varias personas las etiquetas de "hiperactivo", "malo", etc.
- constituyen además **generalizaciones incorrectas e injustas**. Con demasiada frecuencia, olvidamos muchas conductas positivas de nuestros hijos, y nos fijamos solamente en la negativa; por ejemplo, reñir con un hermano, y esa es la única conducta que se tiene en cuenta a la hora de dirigirnos a nuestro hijo/a y valorarlo cuando le decimos: *"eres muy malo, siempre estás así"*.
- si los padres/madres quieren ayudar a sus hijos/as a cambiar su forma de comportarse, estas etiquetas **no aportan orientaciones útiles** de cómo hacerlo.





- un grave inconveniente de las etiquetas, y del recurso al destino y a la herencia, es que tienden a ver la conducta de los hijos/as como una cuestión meramente personal, individual e interna del niño, como algo de "su cabeza". Olvidan la estrecha relación que tienen determinados comportamientos con todo lo que ocurre en el ambiente y en el contexto (familiar y/o escolar) en las que aparecen, en un momento dado y bajo unas circunstancias concretas.
- las conductas de los niños **cambian** con el paso del tiempo y de una situación a otra. Sin embargo, las etiquetas nos hacen ver al niño como **inalterable**, le marcan a veces irremediabilmente para toda la vida; invitan por eso a la pasividad: "*este chico/a es así, qué le vamos a hacer*".

CAMBIAR LAS CONDUCTAS EN LA INFANCIA

Lo primero que tenemos que hacer, para modificar determinados comportamientos, es describirlos con claridad y exactitud, es decir, definir justamente lo que realmente ha ocurrido de manera que se puedan conocer bien los hechos y saber a qué nos estamos refiriendo. Si desarrollamos esta habilidad, es decir, aprender a **definir concreta y específicamente las conductas** inadecuadas que han sucedido, evitaremos los inconvenientes de las etiquetas, seremos más objetivos, más justos y comprenderemos mejor a nuestros hijos y/o alumnos.

A continuación, exponemos una serie de expresiones para que tratéis de localizar aquellas que supongan frases genéricas o etiquetas y aquellas otras que describen conductas de forma clara y precisa:

- *Es agresivo e inmaduro.*
- *Empuja y tira a su hermano cada vez que éste le quita su camión.*
- *Es un alumno Hiperactivo. Siempre que su madre lo deja en el colegio se pone a gritar y está llorando durante 5 minutos.*
- *Es muy dependiente de los demás e infantil.*
- *Durante la clase de matemáticas, se levanta unas cinco veces para ir a charlar con otra compañera.*
- *Es muy neurótico.*
- *Cuando no se le deja ver en la tele su programa favorito, se tira al suelo y patalea.*
- *Tiene buen corazón.*
- *Se asea y desayuna solo todos los días.*
- *Siempre es muy tímido.*



- *En el recreo suele estar solo, apartado de los demás.*

Si alguna vez habéis dicho de vuestro hijo frases tan generales e imprecisas como "eres muy malo, infantil", nervioso", mimado, egoísta" y cosas por el estilo, hay que cambiar la forma de dirigirnos a ellos o describirlos tratando siempre de definir sus conductas con términos claros y precisos. Así seremos más justos y objetivos ante los hechos y también los demás nos entenderán mejor.

Para poder describir con claridad y exactitud las conductas es necesario observarlas. Estas observaciones podemos hacerlas a lo largo del día, en momentos concretos, en situaciones específicas o en otras condiciones que fijemos de antemano.

En ocasiones, para que nuestras observaciones y descripciones sean más rigurosas y objetivas, y no sufran las deformaciones del olvido, será útil elaborar registros escritos de las conductas observadas y de la situación en la que esas conductas tienen lugar.

En nuestros registros podremos recoger:

- La **descripción** de lo que el niño hace anotando **cuántas veces** al día, a la semana, etc. aparece la conducta indeseada, **cuánto tiempo** emplea en esa conducta (por ejemplo; cuánto tiempo pasa tirado en el suelo llorando, cuánto tiempo tarda en terminar de comer) y la **intensidad** (cantidad de comida que come, cuánto grita...).
- **Dónde** ocurren las conductas (en casa, en el colegio, en la calle, en varios de estos lugares...).
- **En qué momento, cuándo** (a la hora de comer, fines de semana...)
- **Qué ocurre después** (cómo respondemos nosotros, los adultos, qué obtiene el niño a través de ese comportamiento inadecuado...)

LAS CONDUCTAS DEPENDEN DE LAS CONSECUENCIAS OBTENIDAS

Si observamos y registramos con cuidado la conducta de nuestros hijos y alumnos nos daremos cuenta de algo muy importante: lo que un niño hace, piensa y siente no ocurre "porque sí", "por capricho" o de una manera inexplicable. Por el contrario, una conducta aparece en función de las consecuencias que esos comportamientos tienen para el niño y para los demás. Ante la conducta-problema de un niño tratemos de responder siempre a una serie de preguntas- clave: *¿qué ocurre después, cómo respondemos, qué decimos, qué hacemos nosotros a continuación?*



Si la conducta de un niño (vestirse solo, comer, estudiar) va seguida de un **premio, recompensa o reforzador positivo** (atención de sus padres o maestros, elogio, palabras de aprobación), la repetirá con más frecuencia en el futuro y estará consolidando dicha conducta de forma progresiva. Para que un niño aprenda, por lo tanto, una conducta, es necesario que vaya seguida de un **reforzador positivo**. La atención, las palabras de elogio y aprobación se llaman recompensas o reforzadores positivos, porque **refuerzan y consolidan** las conductas. Hay otros muchos reforzadores positivos que los padres y maestros podemos utilizar en la comunicación con nuestros niños: sonrisas, leerles o contarles un cuento, caricias, escucharlas, llevarles de paseo, dejarles jugar, caramelos, juguetes, puntos...



La **atención** dispensada por los adultos es un **poderoso reforzador** para todos los niños. Cuando la conducta de un niño no es reforzada con consecuencias agradables, es menos probable que vuelva a ocurrir en el futuro, **se debilita** y, con el tiempo, **se extingue**. Muchos padres y maestros dan por sentado que las conductas que consideramos adecuadas y deseables las tienen que manifestar los niños "porque es su deber" o "porque es natural que lo hagan", y por eso no nos acordamos de reforzarlas, las pasamos por alto. En esas condiciones nuestros hijos y alumnos no repiten o consolidan esas conductas apropiadas sencillamente porque no las reforzamos, no les prestamos atención.

LOS ADULTOS REFUERZAN TAMBIÉN CONDUCTAS INADECUADAS

Las conductas inadecuadas y los problemas de conducta también se aprenden si van seguidos de consecuencias y reforzadores positivos. A veces fortalecemos en los niños esas conductas porque, sin querer, les prestamos demasiada atención justamente a ese comportamiento inadecuado que queremos precisamente eliminar.



Si las travesuras de un niño/a en clase tienen como consecuencia atraer la atención del profesor y provocar las risas y la diversión de los compañeros, es muy probable que el niño siga haciendo travesuras en el futuro. De este modo, está aprendiendo a hacer ese tipo de comportamientos en clase porque el profesor y los compañeros, sin pretenderlo, le refuerzan con su atención y con sus risas o comentarios.

Con frecuencia, dedicamos mucha atención y estamos pendientes de las conductas molestas e inadecuadas de nuestros hijos y alumnos. A las positivas y adecuadas les hacemos poco caso, aun observándolas con frecuencia, no las elogiamos.

En demasiadas ocasiones, ante comportamientos incorrectos, pasamos mucho tiempo tratando de convencerles mediante largos "sermones" y "razonamientos" de que no deberían haber actuado así.

También esto es un modo de prestar atención a las conductas inadecuadas y, como resultado, ocurre lo contrario de lo que buscamos; es decir, en lugar de eliminarlas lo que sucede es que se consolidan más.

Además, de todo lo anterior, la **evitación de una situación desagradable**, también resulta ser un poderoso reforzador en la infancia. Cuando la conducta inadaptada de un niño (llorar, gritar...) tiene como consecuencia el fin de una situación desagradable para él como, por ejemplo, tener que ir al cole, hacer los deberes, apagar la tele, etc. y los padres en ese momento ceden, esa conducta a través de la cual consiguen lo que los niños desean, se aprenderá. Nos ocurre a todos nosotros y en distintas situaciones: Si el profesor/a grita o riñe, por ejemplo, para que los alumnos se callen y lo consigue, aunque sea de modo provisional, al sentirse aliviado cuando llega ese silencio y calma en clase, está aprendiendo a reñir o gritar para hacerles callar.

LAS CONSECUENCIAS CONTRADICTORIAS

En ocasiones, una misma conducta de un niño tiene consecuencias diferentes, incluso contradictorias. Esto puede ocurrir por varios motivos.

Las **consecuencias pueden cambiar si cambia la situación**: la conducta de correr no tiene las mismas consecuencias si ocurre en el recreo que si ocurre dentro del aula. El niño normalmente aprende a diferenciar ambas situaciones y se ajusta a ellas, pero, en ocasiones, no le resulta tan fácil distinguir. Es posible que un día nos divierta una conducta incorrecta y, al día siguiente dependiendo de nuestro humor, respondemos con la crítica o el castigo ante



la misma conducta. Otras veces, suele ocurrir que existe **desacuerdo** entre los adultos que educan respecto a la forma de reaccionar ante la conducta del niño, y uno de ellos no apoya lo que el otro ha dicho o hecho. En esas condiciones, el niño no puede prever con seguridad las consecuencias que va a tener su conducta y, por lo tanto, seguirá manteniéndola en el tiempo o quizá aprenderá a sacar ventajas del desacuerdo e inconsistencia familiar.



IMPORTANCIA DEL REFUERZO SOCIAL

Para que los niños/as aprendan conductas adecuadas, y desarrollen su personalidad de forma equilibrada, necesitan **refuerzo social**. Refuerzos sociales pueden ser: el abrazo, la sonrisa, las caricias, la aprobación, el elogio, el interés, la atención, el cariño que los padres y maestros les proporcionamos como respuesta a sus comportamientos.

Este refuerzo social positivo es sumamente **necesario e imprescindible** para el desarrollo psicológico del niño. Cuando no recibe refuerzo social, por parte de los adultos significativos o resulta insuficiente, el niño manifestará deficiencias en su madurez y adaptación personal o social. No aprenderá a estimarse a sí mismo y probablemente acabará emocionalmente débil, quizás se deprima con facilidad. Un niño que recibe, por parte de sus padres, poca valoración personal ni atención por sus conductas positivas, puede llegar a descubrir que portándose mal (llorando a todas horas, amenazando, manifestando quejas, realizando incluso conductas delictivas), obtiene mayor atención de los adultos. Será muy probable entonces que repita esas conductas, aunque resulten inadecuadas o conflictivas. Como crea problemas y es molesto, se reducirán más todavía las ocasiones en las que pueda recibir refuerzo social por parte de los adultos. Pero comprobará que, al menos,



controla e influye en ellos a base de obligar a prestarle atención por sus conductas problemáticas.

Si además en otras situaciones (compañeros, amigos...) encuentra afecto, elogio y aprobación, por ese mismo repertorio conductual, posiblemente aumentará la frecuencia de las conductas negativas, a la vez que se van extinguiendo las positivas.

COMO EMPLEAR EL REFORZAMIENTO Y LOS REFORZADORES

Una recompensa o refuerzo es más eficaz cuando es administrado de forma **inmediata** después de la emisión de la conducta del niño o mientras ésta ocurriendo. A veces, dejamos pasar mucho tiempo entre la conducta y la administración del refuerzo, y en este caso puede resultar ineficaz. Tratándose sobre todo de niños pequeños, y en los primeros pasos del aprendizaje de una conducta nueva, las promesas de refuerzos futuros a largo plazo (un regalo a final de curso, por ejemplo) suelen ser poco eficaces para estimular el aprendizaje. En las primeras fases del aprendizaje de una nueva conducta, el refuerzo debe darse **cada vez** que el niño la manifiesta y debe facilitarse a menudo. Las conductas sociales complejas (comunicarse con los demás, vestirse solo, estudiar, aprender a leer...) se componen de conductas más simples, de **pequeños pasos**. En este caso, habrá que reforzarle **cada uno de estos pequeños pasos** que el niño va dando hacia la meta completa, sin esperar a que llegue al objetivo final. Si queremos que nuestro hijo o alumno aprenda a interesarse por las tareas escolares, por ejemplo, debemos reforzarle cada vez que manifieste alguno de los pasos que componen la conducta de un "buen estudiante" (hablarnos del colegio, preparar su material escolar, llevar una agenda, dedicar un tiempo a los deberes, etc.)

Cuando una conducta está ya bien aprendida y consolidada, el refuerzo será más eficaz si se da **sólo de vez en cuando**.

Siempre que utilicemos **reforzadores materiales** (caramelos, juguetes, puntos...) o de actividad para consolidar una conducta adaptada, (dejarles jugar, llevarlos al cine...) debemos acompañarlos de un **clima de refuerzo social positivo** (elogios, alabanzas). De este modo, el refuerzo social contribuirá aún más a mantener los aprendizajes de nuevos comportamientos apropiados.

Por último, para que un niño aprenda a comportarse de manera adecuada, le reforzaremos **la conducta adecuada pero no la contraria**. Esta afirmación, que puede resultar obvia, muchas veces se pasa por alto.



Veamos un ejemplo: Si queremos que Antonio coma solo, le prestaremos atención y le elogiaremos cuando esté comiendo solo o haga intentos de ello, por pequeños que sean, pero no le prestaremos atención y lo ignoraremos cuando no coma, se distraiga o pida que le demos de comer.

LA CONDUCTA TAMBIÉN DEPENDE DE SUS ANTECEDENTES

Si queremos conocer todavía mejor a nuestros niños, tendremos que seguir observando y hacernos otra pregunta clave: *¿qué ha pasado antes de que el niño manifieste su conducta?*

Los padres y maestros comprobamos, muy a menudo, que los niños manifiestan algunas conductas (rabietas, miedos, desobediencia, problemas de todo tipo) sólo en determinadas **circunstancias y situaciones**, no en otras (una hora concreta al día, en casa, pero no en el colegio, en casa de otros familiares, el fin de semana...), en presencia de determinadas personas y no en presencia de otras, ante unos **estímulos** concretos y no ante otros. ¿Por qué?

Si una circunstancia, persona o estímulo **están presentes** para el niño cuando una conducta suya va seguida de una consecuencia agradable, la conducta en cuestión ocurrirá con mayor probabilidad en presencia de esas circunstancias, personas o estímulos que en cualquier otra situación.

Por ejemplo; si la rabieta de un niño va seguida de un reforzador positivo (conseguir lo que quiere), en su casa y ante su madre, pero no en el colegio y ante el maestro, es probable que en el futuro tenga rabietas en casa y ante su madre, pero no en el colegio y ante el maestro.

"¿Por qué nuestro hijo tiene miedos en casa, pero no en el colegio, come mal en casa, pero no en la de sus tíos? ¿Por qué mi alumno está distraído en mi clase, pero no en la de otro maestro?"

Por ejemplo: Cuando se hace tarde para que Jorge se ponga a desayunar y salga a tiempo para llegar al colegio puede ocurrir que su madre acabe vistiéndole.

Las circunstancias de llegar tarde, de no encontrar su ropa, etc., son antecedentes que determinan que la conducta inhábil de Antonio vaya seguida de la **ayuda de su madre**. A veces, mientras la madre de Antonio espera inútilmente que éste se vista solo, repite insistentemente una serie de advertencias: *"que te digo que vas a llegar tarde, que te vistas que ya eres mayor para hacerlo tú solo, mira que no te lo repito..."*. Si a pesar de todas estas insistencias, le acaba vistiendo, esos comentarios iniciales le recuerdan al niño que no debe darse prisa, que su madre acabará vistiéndole.



LOS NIÑOS TAMBIÉN APRENDEN POR IMITACIÓN

Una de las circunstancias antecedentes que más influyen en lo que los niños hacen, piensan y sienten son los **ejemplos** que observan en adultos significativos en su vida como: padres/madres, profesorado o bien personajes simbólicos (películas, cuentos, historias contadas). Si queremos ayudarles de manera efectiva en sus conductas, además de ser adecuados dispensadores de refuerzos positivos, como adultos, tenemos que convertirnos en **modelos adecuados** del comportamiento infantil.

Los niños aprenden a hacer, sentir y pensar fundamentalmente en base a aquello que ven y oyen de nosotros como educadores; es decir, en función de lo que **realmente hacemos** más que de aquello que les ordenamos y les repetimos que hagan.

El aprendizaje por imitación es más eficaz cuando el **modelo recibe recompensas** por la conducta que realiza, cuando el niño está muy atento al modelo, reproduce mentalmente lo observado y lo revive o imita después. También será tanto más eficaz cuando más cordiales y afectuosas son las relaciones entre el modelo y el niño; es decir, cuanto **más vínculo afectivo** haya entre ambos, mayor será el poder de imitación que posee el modelo.